

A propósito de Alejandra Torres Torres,
Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca, Montevideo, Yagurú, 2012, 210 pp.

Producto de su investigación de maestría e inscripto en la historia editorial e historia intelectual, el trabajo de la uruguaya Alejandra Torres Torres avanza en un espacio novedoso y necesario: las estrategias de dos grandes editoriales uruguayas que se convirtieron en referencia inevitable para el estudio del campo literario sesentista y el de la renovación de la literatura latinoamericana con su polémico *Boom*.

La autora escogió el modo más productivo de abordaje al contrastar dos proyectos culturales de los '60 y '70: la editorial Alfa, creada por el exiliado republicano español Benito Milla, y la editorial Arca, fruto de la labor del crítico Ángel Rama. Cada una a su modo, y con sus grandes colecciones, moldearon la lectura de varias generaciones con proyectos que, más allá de sus aspectos comerciales, estuvieron comprometidos con la construcción de un espacio crítico y renovador de la cultura uruguaya y latinoamericana —porque Arca y Alfa trascendieron las fronteras nacionales y se desbordaron en el mundo librero chileno y argentino—. En cada uno de ellos subyace —en palabras de la autora— “el propósito de construcción de un ‘sistema literario’”.

Los primeros capítulos introducen al lector en el escenario literario y editorial de los años sesenta, los canales de publicación y las posibilidades que tenían quienes se aventuraban a la práctica literaria. En este sentido, la figura de Benito Milla cobra protagonismo y resulta reveladora. Torres intuye en él a un gran gestor cultural. Aunque lo presenta dirigiendo un proyecto que busca “la consecución de metas financiero-económicas”, se desprenden de la lectura de forma inmediata otras motivaciones que lo guían. La autora nos propone un recorrido biográfico que reconstruyó a través de entrevistas y complejas búsquedas, debido a que su nombre hasta ahora había adquirido escaso relieve, si se considera la inmensa tarea que llevó a cabo primero con la editorial Alfa primero —en Uruguay y Argentina—, y luego con dos proyectos editoriales de alcance continental como Monte Ávila y Tiempo Nuevo de Venezuela, y por último a través de la experiencia de Laia en Barcelona.

Ángel Rama, sin duda formado también en las lecturas de la editorial de Milla, colaboró en Alfa tomando a su cargo la colección “Letras

de hoy”, pero se alejó de esta editorial ante un conflicto —no explorado en el trabajo— relacionado con las distancias ideológicas que la Guerra Fría, avivada por la Revolución Cubana, acentuaba ya en América Latina. El enfrentamiento arroja a Rama, colaborador muy cercano de **Casa de las Américas** y de Roberto Fernández Retamar, a la creación de su propio sello, Arca, de nombre llamativamente similar. Finalmente, más adelante, el devenir latinoamericano lo llevará también a recalar en Venezuela, donde será uno de los mentores de la reconocida Biblioteca Ayacucho. Los capítulos centrales de la tesis de Torres abordan los proyectos de Alfa y Arca, sus puntos de contacto y sus distancias, los autores de uno y otro catálogo, los conflictos que las involucran en la disputa de nombres.

Situado más en el abordaje de la crítica literaria y el estudio del canon, y tal vez más preocupado por la problemática de la expansión del mercado editorial, el lector encuentra por primera vez en el libro **Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca** el nacimiento de dos grandes proyectos gestados al calor de los debates de los provocadores años sesenta. Se echa de menos, sin embargo, la exploración de un momento previo: el contexto ideológico que hizo posible el trabajo conjunto de Rama y Milla a fines de los '50, cuyo estallido en la década siguiente los confrontó en espacios políticos antagónicos, envueltos en la conflictiva Guerra Fría cultural, en muchos sentidos motor de estos proyectos.

Acompañado de anexos sumamente útiles para la investigación del libro y la edición, el apéndice aporta, además, entrevistas a actores clave de esos años como Carlos Maggi, Hiber Conteris y Hugo García Robles, además de la reconstrucción de los catálogos de algunas de las más reconocidas colecciones de ambas editoriales. Con todo, el lector se queda en la espera de los catálogos editoriales completos que, demasiado extensos, seguramente serán objeto de una nueva publicación.

A pesar de que la autora nos presenta su obra, con proverbial modestia oriental, como “apenas un intento de acercamiento” al tema, estamos ante un trabajo de lectura imprescindible. Se trata de una coyuntura político-cultural crucial abordada en clave de historia intelectual, donde la combinación de relato histórico, el análisis crítico enriquecido con la entrevista y apoyado en la reconstrucción de catálogos —en la línea de trabajo iniciada por su maestro en los estudios de revistas rioplatenses, Pablo Rocca— convierten a la obra de

Alejandra Torres Torres en un esfuerzo sin duda pionero, eficaz a la hora de recuperar una parte fundamental de la historia editorial e intelectual uruguaya y latinoamericana.

Karina Jannello
(CeDInCI-UNSAM/UNLP)

A propósito de Mariano Zarowsky,
Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2013, 312 pp.

Pocas veces entre la abundante producción escrita en ciencias sociales, nos encontramos con un libro ameno y a la vez rico en contenido que coloca aportes originales en muchas direcciones. En efecto, la proliferación de textos en forma de *papers* o libros de investigación, muchas veces llevan la marca de las normas que imparten las reglas del mundo académico. Las tesis y sus derivados están sostenidas sobre un andamiaje donde la imaginación y el riesgo muchas veces sucumbe frente al dato y a las cuestiones formales a las que lo someten esas reglas. Por eso el libro de Mariano Zarowsky constituye una sorpresa. Porque recorrer el itinerario de Armand Mattelart construyendo un producto ameno a la lectura por la forma ágil en la que escribe. Al mismo tiempo, tiene una prosa cuidada y logra un modelo de biografía intelectual que evade caer en el mero contextualismo o el empirismo que describe los sucesos evadiendo el análisis y la interpretación, riesgo en el que puede caerse, entre otras cosas, por la escasez de modelos a imitar.

Con las herramientas que le proporcionan la historia cultural y la sociología de la cultura, sobre todo la abocada al estudio de los intelectuales, el autor logra una obra que quedará como un modelo. Porque no busca que su personaje encaje aquí o allá para que su comprensión sea totalmente lógica o en una categoría de análisis cerrada y específica, sino que toma en cuenta los imponderables, los frutos del azar y las disposiciones de este intelectual nacido en Bélgica, devenido en francés, para luego convertirse en un “latinoamericano”. El libro de Zarowsky muestra de qué modo esa marca no sólo no lo abandonaría jamás sino que le servirá como un arma de intervención pública y una credencial en muchos de los circuitos por los que su largo itinerario se desplaza.

Buscando contribuir a los estudios que retratan la historia de la comunicación en Argentina, el autor discute lo que llama una “memoria

selectiva” de los sucesos que le dieron origen y así ajusta cuentas con la historia anterior y con sus contemporáneos del propio campo. El ejercicio, más allá de la colocación del autor, es ilustrativo de cómo se han escrito las memorias sobre los años sesenta y setenta. Zarowsky no sólo destaca algunas omisiones de hechos que le parecen fundamentales, sino que sostiene que esa historia está todavía impregnada de juicios normativos hechos por algunos protagonistas de esos periodos y en muchos casos la reconstrucción está desahistorizada. Estas cuestiones ponen de relieve cómo esos años todavía son los de una disputa por el sentido del pasado y también del presente, en definitiva, una disputa que no es otra cosa que política.

El recorrido por la trayectoria de Mattelart está apuntado por la idea de que ese itinerario reconoce “entrecruzamientos múltiples”. Esto lo ayuda a no perder de vista las muchas vicisitudes por las que viajó su retratado, captando los ricos matices de ese periodo histórico —los años sesenta y setenta— pero también de la realidad latinoamericana. Allí están los impulsos de organismos multilaterales para la puesta en marcha del desarrollismo y al mismo tiempo su contestación, la teoría de la dependencia. El papel del Estado como generador de la planificación de políticas y la Universidad como el centro privilegiado de saber y productor de diagnósticos para esa tarea, encontraron en la figura de Mattelart un aliado. Mattelart, en ese movimiento, colaboró y a la vez produjo algunos ajustes en las orientaciones que se impartían desde la política y la teoría, y por eso mismo se desplazaba. El experto belga en ese movimiento cambió sus intereses intelectuales y con ellos su objeto de estudio. Cuestionó entonces el rol del cientista social y colocó a la política en el centro de gravitación de su práctica político intelectual, mostrando cómo ese movimiento no sólo era epocal sino también generacional. Allí es donde se producen las condiciones que hacen posible la edición de **Para leer al Pato Donald** de Dorfman y Mattelart, señala Zarowsky, poniendo de relieve cómo las obras no operan en el vacío sino que adquieren todo su sentido al reconstruir el contexto que posibilita su producción. Esos son los años en los que la movilidad del campo intelectual lo dinamiza como nunca antes y donde también Chile aparece como una vía novedosa en el recorrido que los actores de la izquierda quieren llevar adelante en busca del cambio social de signo socialista. De diferentes lugares llegan intelectuales que se interesan por la “vía chilena”, el intercambio se vuelve productivo y Mattelart coloca una preocupación que en ese

momento aparece como capital: la falta de políticas y estudios sobre los medios de comunicación para una política contrahegemónica. Aparece allí una palabra clave de la lucha cultural latinoamericana y que el libro escrito con Dorfman ejemplifica bien, Imperialismo. Eso y no otra cosa supone la lucha por la liberación y el socialismo.

El golpe de Estado de Pinochet precipitó la salida de muchos intelectuales y tiró por la borda los planes de la Unidad Popular. Mattelart es obligado al exilio y en su regreso a Francia nuestro autor retrata su inestabilidad y su condición de exiliado “latinoamericano”. Anclado en lo que Zarowsky llama una “esfera pública internacional popular” Mattelart profundizó sus lazos con otros intelectuales al tiempo que batalló por colocar su problemática en un medio que le era un tanto hostil y desierto para los estudios sobre la comunicación. Actuando como un verdadero *bricoleur*, el pensador belga incursionó en el cine, el periodismo, la traducción y edición de textos, y también como consultor transformándose en un hacedor de proyectos e ideas. Esto le valió como reputación para acercarse a los socialistas franceses y extender su red de influencia. Como muestra el libro, su exilio lejos de catapultarlo al centro de la escena o dejarlo en el abandono, lo colocó en un lugar trabajoso pero productivo. En esa clave es que el autor encara el problema que analiza en la última parte, pensando rupturas y continuidades nuevamente como un diálogo con las evaluaciones sobre la figura de Mattelart y sobre los estudios en comunicación que lo antecedieron. De este modo, Zarowsky se avoca a descifrar “el mapa cognitivo” que el intelectual belga movilizó en sus producciones. Para ello se concentra en el diálogo y posteriormente distanciamiento que Mattelart emprendió con las escuelas de economía política de la comunicación de cuño anglosajón, y como ese diálogo redundó en una nueva perspectiva. Perspectiva que el autor belga sostendrá hasta bien entrados los años ochenta.

En un mundo donde el capitalismo despliega como nunca antes su escala planetaria, Mattelart se avoca a dar curso a su teoría de la Comunicación-Mundo. Zarowsky muestra los *continuum* pero también los desplazamientos cuando lo local se hace global y viceversa, sin perder de vista las asimetrías y los desfases que generan las interdependencias. A riegos de sonar redundantes, diremos para terminar, que el libro de Zarowsky se constituye en una obra de gran aporte que deja como legado un modelo, porque señala un método

y una guía, para todo los estudios biográficos y sobre historia intelectual.

José María Casco
(UBA/UNLAM)

A propósito de Mariana Di Stéfano, **El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo (1898-1915)**, Buenos Aires, Eudeba, 2013, 212 pp.

El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915) es producto de la tesis doctoral en Lingüística de Mariana Di Stéfano, en la que se analizan las políticas del lenguaje del anarquismo argentino compuestas por las políticas de lectura, de escritura y de la lengua. Este libro se propone dar cuenta de la matriz ideológica que orientó las conductas lectoras del movimiento, es decir, las representaciones que tenía el anarquismo sobre la lectura. Para esto, Di Stéfano aborda una amplia variedad de géneros discursivos: textos de ideólogos del anarquismo y la educación libertaria como William Godwin, Mijail Bakunin, Paul Robin, Francisco Ferrer y Guardia y Julio Barcos, prensa anarquista local, libros escolares para niños y las revistas educativas **Francisco Ferrer y La Escuela Popular**, destinadas a la propaganda de la educación racionalista en el país. La indagación de estos textos se lleva a cabo a partir de la perspectiva de la Glotopolítica Histórica, enfoque a partir del cual se estudian las prácticas discursivas que realizan los grupos sociales como un signo de su inscripción en las relaciones de dominación. De esta forma, el análisis del discurso realizado pone especial énfasis en la situación enunciativa que hace posible entender los sentidos que se ponen en juego, así como la imagen del enunciador y el enunciatario construidos en el propio discurso. Así, las prácticas lectoras que la autora estudia dan cuenta de las representaciones sociales que el anarquismo poseía sobre sí mismo y sobre su relación con respecto a otros grupos. Indagar estas prácticas en un movimiento que se caracterizó por una producción tan prolifera de prensa, bibliotecas, centros culturales y escuelas es un aspecto clave para profundizar el conocimiento en torno al anarquismo en particular, y para repensar la importancia de la reflexión sobre el propio lenguaje de las fuentes que se indagan desde las Ciencias Sociales en general.

La autora explica al anarquismo a partir de la categoría de *comunidad discursiva*, como una comunidad lectora. A partir de ello defiende la hipótesis de que la identidad libertaria se